

843
A.

PA 2276

H7

578

v.3

ES PROPIEDAD.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO III.

LA DAMA DE PALOS.

I.

GENOVEVA Y VIOLETA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Aods. 2625 MONTERREY, MEXICO

Porque lloraba la señorita de la Chastaigneraye, cuando el duque de Parisis la encontró en casa la marquesa de Fontaneilles?

La jóven tenia el pudor de las lágrimas y guardaba con orgullo el secreto de su alma. No tenia esas debilidades de los amores profanos que se humillan hasta la esclavitud. Su dignidad le era demasiado cara para que encorvase la cabeza ante la pasion por ardiente que esta fuese.

Hé aquí lo que se decia; pero cuando llegó Octavio al cual no esperaba tan pronto, el jóven la sorprendió en sus lágrimas, siendo así que nunca lloraba.

Acababa de ofrecer su corazón, su amor, su vida, para inmolarlos. Todos los sueños de oro de sus noches sin sueño, todas las ilusiones que adornaban el horizonte de Champauvert, como las blancas palomas que huyen y se buscan, huyeron por encanto.

Genoveva no pertenecía á esta clase de mujeres que se consuelan del amor por el amor. No creía que el alma pudiese contener dos imágenes queridas: la que se ama y la que no se quiere amar. Hubiera tenido horror de sí propia, si por un instante se le hubiese ocurrido el profanar lo que había sido la religión de su alma. Creía que Dios hace una alma para otra alma, y que Dios únicamente puede consolar al alma que pierde su gemela.

Así el día en que la señorita de la Chastaigneraye resolvió no amar á Parisis, se volvió hácia el cielo. El que hubiese visto á la jóven caer de rodillas ante un crucifijo de marfil, se hubiera impresionado ante su resignación y su dolor. Cerraba la puerta con mano estoica, ó, mejor dicho, con mano cristiana á todas las alegrías de la vida. No necesitaba como tantas otras, la celda de un convento para aislarse en el silencio, en la muerte y en el seno de Dios. Tenía la heroica voluntad de las grandes almas: en vano el mundo mostraba sus tentaciones; la joven podía bajar la montaña desafiando á Satan.

Los espíritus fuertes, los escépticos, los ateos, son sin duda, almas escogidas que se elevan siempre por encima de las humanas pasiones, toda vez que se rien

de los consuelos divinos: únicamente la tierra guarda alegrías para su orgullo, puesto que no quieren mirar nunca el cielo. Esto sin embargo, ninguno de ellos hubiera presenciado el sacrificio de Genoveva, sin sentirse profundamente conmovido, ante el dolor de aquella alma que ellos hubieran juzgado mortal, pero que desafiaba su condena.

Singular época la que atravesamos! Los filósofos quieren suprimir la pena de muerte á la hora misma en que decapitan nuestra alma. Que dirías de esto, Platon? Y tú, Jesús, que has predicado la muerte para alcanzar las alegrías de la vida eterna?

No se habrá olvidado que la señorita de la Chastaigneraye, viendo entrar al duque de Parisis en el saloncito de la marquesa de Fontaneilles, se levantó para dirigirse á su encuentro. Al principio quiso ocultar sus lágrimas; pero luego se dijo: «No! mis lágrimas le dirán cuanto le amaba!»

Octavio había cogido las manos de su prima para besarla.

—Genoveva! mi querida Genoveva! estais llorando?

—Nó replicó la jóven tratando de sonreír. Estas lágrimas que yo os quería ocultar, brotan de mi corazón á pesar mio: el verter lágrimas no es siempre llorar.

Genoveva había vuelto al sofá; Octavio se sentó á su lado guardando siempre sus manos entre las suyas.

—Por Dios, Genoveva, decidme por que llorais.

La señorita de la Chastaigneraye, miró á Octavio con una ternura insoñable.

—Porque lloro Octavio! Porque os amaba y ahora no os amo!

La jóven pronunció estas frases con lentitud, con dulzura y con penetrante espresion.

Octavio se sintió conmovido en toda su alma y en todo su cuerpo. Levantó las dos manos de Genoveva hasta sus lábios, y las besó con amor.

—Genoveva, dijo, si me habeis amado, me amareis siempre.

—Y vos decís esto! vos que convertís el amor en un juego ó en una partida de campo!

—No me conocéis, Genoveva. Yo os amo, os he amado siempre, no he amado á nadie mas, y no amaré á nadie mas que á vos.

Genoveva miraba á Octavio, bien como si este le hablase en hebreo.

—Como no habeis comprendido, Genoveva, que en las prodigalidades de la vida, se puede echar todo por la ventana, escepto el corazon? Soy indigno de vos, no lo ignoro; he cruzado por todas las pasiones de la juventud, sin guardar las virtudes del orgullo; pero desde que vos me revelasteis el amor, desde que os ví, sentí que nunca habia entregado mi alma.

Genoveva sonreía con tristeza. El jóven comparó el amor al sol; todo fuego y todo luz.

—Vos habeis sido, añadió, quien me ha dado este

fuego y esta luz. Hasta que os concí yo fui aquel viajero de los cuentos árabes que únicamente se despierta de noche y que no conoce mas que la lejana claridad de las estrellas. Todas las mujeres que han cruzado en la carrera de mi vida han sido como estrellas perdidas que han brillado á millones de leguas de mi alma.

—Elocuencia vana! replicó Genoveva: no me compareis al sol porque no vereis mas mis rayos. Vengo tristemente á despedirme de vos y á participaros una gran noticia.

Octavio que dominaba sus emociones como el ginetete que, á un solo grito detiene su caballo, se dejó llevar por su emocion.

—Teneis que participarme una noticia? dijo: me asustais.

El jóven ya no reía. Adivinaba que su prima iba á anunciarle su futuro enlace con algun príncipe francés ó estrangero. El dolor le rendia.

Hacia ya un año que Genoveva era la orilla, el horizonte, el sueño de su alma. Entregado á la borrasca, á la tempestad, á la inquietud, aspiraba á la realizacion de su ideal. Suprimir de su existencia la imagen de Genoveva, equivalia á suprimir su corazon.

El jóven escuchaba silenciosamente como si su destino hubiese hablado por los sibilíticos lábios de Genoveva.

—Primo, dijo la señorita de la Chastaigneraye:

tengo el honor de participaros el futuro enlace del señor Duque Juan Octavio de Parisis...

Octavio respiró; Genoveva se había interrumpido; el joven creyó que no se atrevía á pronunciar el dulce nombre de Genoveva. Sabía que era tan estraña, que no debía sorprenderse de que ella le anunciara su enlace de un modo tan singular. Octavio no estaba resuelto á casarse con ella, porque era pobre: mas ya que Genoveva le amaba se sentía dichoso, y el porvenir le abría sus puertas de oro.

Quiso coger otra vez una mano de Genoveva; pero esta la retiró irguiendo su cabeza con el orgullo de siempre.

—Primo, dijo la jóven con voz mas seca y mas firme; tengo el honor de participaros el futuro enlace del señor duque Juan Octavio de Parisis, con la señorita Violeta de Pernand-Parisis.

II.

LA LOCURA DE LA RAZON.

Octavio miró á Genoveva, bien como para preguntarle si aquello era una burla.

La jóven comprendió esta idea, en la espresion de sus ojos.

—Primo, dijo con gravedad: os hablo así porque Violeta es mi prima y es digna de ser mi hermana. No la acuseis; de lo contrario me levanto y no os veré nunca mas. Vos hicisteis el mal, y á vos os toca el repararlo. Me direis que el mal es irreparable porque Violeta ha tenido otros amantes; pero yo conozco el alma de esta jóven, la he visto en la cárcel, y todo me lo ha confesado: ella ha engañado á todo el mundo para no engañaros á vos: se ha entregado á un juego cruel, en el cual ha quedado herida mortalmente. Quería vengarse de vuestro desden, y no se ha vengado mas que de sí misma. Pero como su corazon era noble, ha sabido preservarse. La opinion pública la ha condenado; pero Violeta se ha reservado el derecho de absolverse.

—Y os ha dicho esto?

La señorita de la Chastaigneraye se levantó rápida, herida, indignada.

—Y bien, os creo, dijo Octavio deteniéndola; pero seré el único que os daré crédito.

—No: la verdad siempre concluye por ser la verdad. Quien se atrevería á negar la virtud de Violeta, cuando sea la duquesa de Parisis?

—Todos los que la han visto en las locuras del pasado.

—Hay un príncipe, un español y un ruso, que se han dado la importancia de haber sido sus amantes; pero les consta que no lo han sido. Y olvidaban...

—Os comprendo, mi querida prima; os juro que no tengo necesidad de casarme con Violeta, para hacerles morder el polvo si tienen bastante audacia para ocuparse de ella en lo futuro.

—Enhorabuena; pero os casareis con Violeta. El tribunal vá abrirse y quedará absuelta. Esto os hará mucho honor: será un brillante ejemplo que dareis al siglo.

—El ejemplo del ridículo! Oh! hermosa romántica! Confieso que si hiciera esto, inquietaría á algunos seductores tímidos, pero la moral no ganaría mucho. Es necesario que haya Violetas, como es necesario que haya Genovevas.

—Os digo que hareis esto. Todo lo he arreglado. Hice de mi fortuna, ó, si quereis, de la vuestra, cinco partes; ó mejor dicho hemos rasgado los testamentos, señalando un millon á cada línea, y Violeta tiene

un millon, puesto que es hija de la señora Portien.

—No me casaré, toda vez que este mismo millon me separa de ella.

—Lo sé perfectamente; pero mi deber consiste en deciros que antes de renunciar al mundo, quise dividir en cinco partes la fortuna de mi tia. Guardo un millon para mí, ó sea para los pobres: se me perdonará este último orgullo: el hacer limosna para emplear en algo el tiempo.

—Genoveva, yo os escucho admirado; pero lo que estais diciendo es la locura de la sabiduria.

—La locura de la sabiduria! No os comprendo.

—Quereis, como todas las grandes almas, rehacer el mundo á vuestra imágen. Sé que dibujais bien; y yo os pregunto: se puede retocar un cuadro antiguo? El hombre no creará mas que cosas pequeñas en la obra de la naturaleza: la perfeccion de este mundo vive de su imperfeccion, como el bien vive del mal. Por lo menos, prima; vos teneis un consuelo: el de creer en la existencia de otro mundo, revisado, corregido y aumentado.

—En una palabra, Octavio: rechazais la mano de Violeta?

—Prima, la he rechazado ya desde un principio.

La señorita de la Chastaigneraye volvió á dejar su asiento.

En aquel instante la marquesa de Fontaneilles levantó una cortina.

—Es necesario dar tres golpes? dijo sonriendo.

—Nó, respondió Genoveva: ya sabes que lo que debía manifestar al señor de Parisis yo queria decirlo en tu presencia. Ven en mi ausilio, pues mi mision ha tenido mal éxito.

Octavio se levantó para recibir á la señora de Fontaneilles.

—Mi querida marquesa, dijo, sed mi abogado, ya que mi prima no quiere comprenderme.

—Qué le decís?

—La digo que la amo.

—Y bien, mi querido duque: Genoveva tiene mucha razon al no comprenderos.

Octavio se habia sentado al lado de la marquesa, en frente de Genoveva que se mantenía en pié.

—Sentaos, Genoveva, dijo la señora de Fontaneilles.

—Nó, replicó la señorita de la Chastaigneraye: nada mas tengo que decir.

La marquesa se volvió hácia Octavio:

—Veamos, dijo, señor de Parisis: no dejéis marchar á Genoveva.

Octavio tenia la elocuencia de la palabra, mas sobre todo la elocuencia de las manos. Cuando quería persuadir una mujer cogia su mano, y la causa era ya entonces mitad ganada.

En el momento en que cogió la mano de la marquesa, esta le miró estremeciéndose y brotó de sus ojos un rayo que á su vez hizo estremecer á Octavio.

El demonio que le poseia constantemente—el de-

monio que Genoveva con su presencia habia exorcisado—se volvió á apoderar del jóven. Su mirada cayó sobre el seno de la marquesa, que trasparenteaba su belleza á través de un ligero traje de mañana apretado en un corsé bajo y sencillo que en vez de aprisionar acariciaba.

Octavio debia morir en la impenitencia final puesto que todas sus emociones no le privaban de reconocer otra vez que la marquesa tenia bellezas incomparables para un hombre voluptuoso. Fuera de esto, ella se habia resistido y Octavio no era hombre para declararse vencido.

Entretanto, Genoveva, entregada por completo á su dolor, no vió afortunada ó desgraciadamente el estremecimiento experimentado por su primo y por su amiga.

Pero observó que la mano de la marquesa, permanecia por mucho tiempo entre las manos de Octavio y dió un paso para marcharse.

—Cómo! te vés enfadada y sin darme tu mano? dijo la marquesa que rechazó la de Octavio con cierta cólera, bien como si la hubiese humillado el placer que al sentirla estrechada habia sentido y que era como un veneno que habia tomado con delicia sin pensar en sus consecuencias.

—Sí, dijo Genoveva: algun dia me comprendereis; ahora no me comprendéis ni el uno ni el otro. Voy á Champauvert y no volveré nunca mas á Paris. A menos, dijo, despues de un momento de silencio,

que el señor Duque de Parisis venga á pedirme la mano de la señorita Violeta.

Ni Octavio ni la marquesa creían que Genoveva fuese tan formal; pero en vano trataron de detenerla. Cuando salía de casa la marquesa, prometió á esta que volvería á despedirse de ella.

Pero la jóven tenia que hacer sus visitas antes de emprender la marcha y no podia entretenerse mucho. El coche de la marquesa aguardaba á la señorita de la Chastaigneraye en el pátio. Estaba ya en el vestíbulo cuando su amiga la dijo que iba á acompañarla, lo que naturalmente equivalia á echar fuera á Octavio.

—Mi querida Genoveva, dijo este al despedirse, quiero visitaros aun en casa de la marquesa.

—Nó, replicó su prima: lo he dicho todo.

El jóven rogó en vano: se estrelló ante un silencio inflexible.

—Estraña mujer! mas estraña que nunca! murmuró Octavio; ella lo ha dicho todo! pero yo... yo aun no lo he dicho!

III.

LAS DOS PRIMAS.

El proceso del ramillete de rosas debía ocupar al tribunal de Yonnes dentro algunos dias. El procurador imperial habia hecho una visita á la señora Portien y la habia prometido que volvería á visitarla sin manifestarla no obstante lo comprometida que se hallaba por una sola vindicta pública. Decíase que se habia visto en su casa al niño que tocaba el violin y hasta se la acusaba de que lo estaba ocultando. La señora Portien dijo al procurador imperial que no se rebajaria hasta el punto de defenderse. El magistrado la dijo que volvería; pero al siguiente dia se dió órden para que se presentara en Auxerre.

Qué habia ocurrido en el interior de su alma? Lo cierto es que cuando se la sirvió el almuerzo no quiso comer nada. Tomó un poco de café y se retiró á su cuarto.

Una hora despues habia muerto.

Yo he leído las declaraciones de una de sus criadas, una de esas jóvenes del campo que ora se ocupan en la cocina, ora en hacer costura, que guisan

por la tarde y cosen por la mañana. Esta jóven llamada Athenais Duru declaró lo siguiente:

La señora Portien, orgullosa con sus criados, no les comunicaba jamás nada acerca su vida y acerca lo que pensaba. Era avara y gastadora á un mismo tiempo. Cómo empleaba su dinero? No lo gastaba en su castillo. Iba á pasar cuatro veces al año una temporada de quince dias en Paris, donde acostumbraba á dejar sus rentas. ¿Cómo vivia en Paris? Bajaba en la fonda de Lord Byron, donde tomaba el título de condesa de Arcourt y en la que ostentaba todo el tren de última moda. Vivía á su gusto en todas las estaciones por espacio de quince dias. Lo demás del tiempo lo pasaba en Pernand, soñando, leyendo ó regañando á sus criados. El señor Portien se dejaba ver de cuando en cuando: á su llegada, el castillo se animaba un poco, pues el señor Portien era amigo de la buena mesa y daba á la cocinera las recetas de los guisos que leía en los periódicos.

Cuando la señora Portien recibió la orden de ir á Auxerre subió á su cuarto. Por un instante se la vió en su ventana. Echó una mirada llena de tristeza al castillo de Parisis, cuyos grandes bosques se ostentaban en la cumbre de los montes? ¿Buscó el castillo de Champauvert perdido al horizonte? Contempló su jardín donde habia pasado algunas buenas horas con sus amantes? Se ignora.

Media hora despues se vió salir por la puertecita del jardín al niño que tocaba el violin y que se bus-

caba en vano por toda la Francia y hasta en Italia. El jardinero le dirigió algunas preguntas: mas empuñó su camino sin responder una palabra: El jardinero le siguió con los ojos y vió que tan luego como se vió solo, sacó de su bolsillo un puñado de oro que contempló con la alegría de un niño. La gente del castillo no habia visto nunca al pequeño músico; ¿de donde salia? Hé aquí el secreto. Todo el mundo vigilaba, pues allí se sabia como en todas partes, que la señora Portien iba á ser envuelta en el proceso.

Media hora despues de haber salido el niño del violin, la criada Athenais creyó oír un grito por mas que estuviese á alguna distancia del cuarto de su ama. Corrió y quiso abrir la puerta. Mas la señora Portien habia corrido el cerrojo. La criada temió ser indiscreta y aguardó.

Luego estrañando no ver á su señora, cogió por otro camino. El tocador de esta se abria con una puertecita que estaba debajo de una de las alas del castillo. Esta puerta no estaba cerrada por dentro. Cual fué la sorpresa de la jóven al ver su ama tendida en mitad del cuarto con el rostro contraído, los ojos desmesuradamente abiertos, los brazos estendidos: espectáculo horrible para una aldeana que no habia visto los dramas del Ambigú!

La jóven la levantó en sus brazos; pero la señora Portien habia muerto. Sus manos estaban ya frias como el mármol. La criada pidió auxilio.

Produjo esto un gran ruido que de eco en eco lle-

gó hasta Tonnerre. A las doce de la noche el procurador imperial de Auxerre sabia que la señora Portien habia muerto de repente. Mandó á buscar al médico de Champauvert y al rayar el alba se encontraba con él en el castillo de Pernand.

Se halló á la señora de Portien tendida en su lecho pero en la actitud y con la espresion que la jóven Athenais habia ya indicado.

—Os he llamado, dijo el procurador imperial al médico, porque estoy cierto de que la señora Portien se ha envenenado con el mismo tósigo del ramillete.

—No lo dudo, resplicó el doctor despúes de haber examinado los lábios y la nariz de la difunta.

Hallóse una carta sellada sobre el secreter que llevaba esta direccion:

Al señor duque Octavio de Parisis.

En virtud de sus poderes discrecionales el procurador imperial abrió esta carta en la esperanza de que hallaria en ella el secreto de aquella muerte. Decia así:

«Mi querido primo: muero de dolor porque no me he atrevido á acusarme á mí propia. Deseo que mi fortuna se dé á Violeta, á esa pobre niña que no es la culpable, pues la verdadera culpable yo la conozco. Mi crimen, por qué no he de confiároslo? consiste en que soy madre de Violeta y en que yo la he abandonado. Muero destrozada por los remordimientos. Que Violeta me perdone. Sed su hermano como sois

el hermano de la señorita de la Chastaigneraye. Dentro una hora habré muerto. Al mismo tiempo que me condenareis, rogad por mí. Por mas que hice, el destino me fué superior.

»Adios, primo mio: os abraza.

»EDUVIGIS DE PERNAND-PARISIS.»

—Esto es, dijo el procurador imperial: era indispensable concluir así para no concluir mal. Esto de administrarse justicia á uno mismo, siempre es algo.

—Dios la haya perdonado! dijo el médico, bien como si lo dijera por costumbre, pues era un hombre que no creia en Dios.

El procurador imperial leyó tambien lo siguiente en una hoja de papel que el viento habia lanzado á un rincon del cuarto:

«Este es mi testamento:

»Dejó y lego á la señorita Luisa de Pernand-Parisis, conocida por el nombre de Violeta, acusada injustamente de un crimen que no ha cometido, todo lo que yo posea en el dia de mi muerte, en bienes muebles, inmuebles, títulos de la deuda y alhajas. Dejo á su cargo el pasar al señor Portien una renta de tres mil francos, que todos los meses le será satisfecha en Paris.

»EDUVIGIS DE PERNAND-PARISIS.»

»Castillo de Pernand, 15 abril de 1887.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERRERA"
625 MONTERREY, MEXICO

El jardinero declaró que media hora antes de fallecer la señora Portien, había visto salir un pilluelo de doce á quince años, el cual había cruzado el parterre y había salido por la puerta del jardín.

—Este es otro rayo de luz, dijo el médico. Hé aquí la última palabra.

Luego que el procurador imperial hubo vuelto á Auxerre, hizo jugar el telégrafo en todas direcciones y puso en campaña á todos los gendarmes.

El tocador de violin, mientras se le buscaba muy léjos, se encontraba en Auxerre, en una taberna donde había mujeres de mala vida.

El procurador imperial, que era todo un filósofo, se fijó en el rostro y en el continente de aquel niño. No sé si era saboyardo; pero tenía una hermosa cabeza que, en Nápoles, hubiera detenido á Leopoldo Robert. Murillo hubiese hecho de él un adorable tipo. Ojos vivos, boca de fuego, aire maligno. La España y la Italia parecían reir voluptuosamente en aquel rostro aventurero. Observó todo esto la señora Portien?

Se le encontraron aun diez y siete luses: había gastado ya tres desde el día anterior, treinta sueldos en el camino y el resto en la taberna.

Sus primeras contestaciones al juez probaron que se le había dado una lección para que guardase silencio; mas luego que le prometieron devolverle la libertad, que se le compraría un violin y que se le entregarían sus 17 luses, charló con toda franqueza.

Hé aquí el interrogatorio:

—La hermosa dama de Paris te dió en el *Leon de Oro* un ramillete de rosas para llevarlo á Champauvert?

—Sí, y partí en seguida: pero á la media hora me volví para ver pasar un carruaje: era la amiga de aquella señora. Hizo detener el carruaje y me hizo una seña para que me acercase á hablarla. «Hijo mio, »me dijo, vas á subir al lado del cochero: tengo que »darte una carta para Champauvert.» Acepté con alegría.

—El cochero lo oyó?

—Nó, me habló en voz baja; y luego añadió: «No digas nada á nadie: quiero dar una sorpresa.» Subo al lado del cochero; mas no siguió el mismo camino.

—Donde fuisteis?

—Vaya una pregunta! al castillo de la señora.

—Y que ocurrió en él?

—Nada. Me dió de cenar ella misma.

—Y á qué hora saliste para Champauvert?

—Al siguiente día, al amanecer.

—Qué te dijo la señora Portien?

—Que entregase el ramillete á la señora del castillo y que volviera á su casa sin decir una palabra: prometió darme un luis de oro.

—Y por qué no entregaste el ramillete á la señorita de la Chastaigneraye?

—Qué tontería! porque estaba en misa. En el castillo había una criada que se encargó de hacerlo.

—Y volviste á Pernand?

—Sí; no soy tan tonto para perderme un luis de oro.

—Y qué hiciste?

—Qué habia de hacer! Me quedé allí sin hacer nada, bien vestido y bien cuidado.

—Mas por qué te quedaste allí?

—Toma! porque la señora me prometió acompañarme á Italia y hacer la fortuna de mi madre.

—Y qué hacias en el castillo?

—Que pregunta! Vivía como un príncipe: solo que me fastidiaba porque me hallaba en un cuarto donde no se podían correr las persianas y donde no podia tocar el violin. Fuera de esto, yo era feliz.

—Espícate mejor.

—Y bien, la señora no habia dicho á nadie que yo estuviese allí para no causar dolor á su familia. Yo vivia oculto: ella era la que siempre me traía la comida; todos los dias jugaba á los naipes conmigo, diciéndome que pronto marcharíamos.

—Pero no siempre jugabais á las cartas.

—Qué tontería! Ella me venia á ver tres ó cuatro veces al dia; me contaba cuentos, me enseñaba sus hermosos vestidos y hasta me dió un reloj y un anillo.

—No te vió nunca la gente del castillo?

—Quizá me vieron á mi llegada; pero creyeron que me habia marchado.

—Qué te decía la señora Portien?

—Me decia que era necesario que yo la amase y que nunca dijera que yo habia llevado un ramillete á Champauvert, porque la hermosa señora de Paris lo habia envenenado, y se acusaba de haberlo emponzoñado á la señora Portien.

—Qué te dijo ayer esta señora antes de marcharte?

—Me dió miedo: tan pálida estaba. Me besó y me dijo: «Véte, hijo mio, no puedo marchar á Italia contigo: seguirás tu camino á pequeñas jornadas, ocultarás tu dinero, y ya tocarás el violin en Italia.» Pero no me devolvió mi violin, sino que lo quemó. Pobre violincito mio! Qué hoguera hizo! Ella decia que habia dentro una bruja que me traeria desgracia. Hé aquí por qué lo echó al fuego.

—Por qué viniste á Auxerre?

—Qué tontería! era mi camino.

—Y por qué entraste en esta mala taberna?

—Porque echaba de menos á la señora.

—Espícate.

—Qué tontería! Quería volver á ver mujeres bien vestidas.

Estas frases del niño fueron como una revelacion nueva. Pero esto no era cuenta del proceso.

La señora Portien se habia resignado á la muerte; la muerte, que es de sí una redencion, la purificaba, con su blancura de mármol, de sus pasiones y sus crímenes. Se habia arrepentido en su última hora: la justicia de los hombres habia de detenerse ante su

tumba. Segun habia dicho ya á Octavio en su carta de despedida, habia sufrido su destino sin hallar fuerzas para vencerlo: la señora Portien nunca habia pensado en Dios durante su vida, y tampoco pensó en él en la hora de su muerte.

No iremos mas lejos en este estudio que nuestras dos heroínas Genoveva y Violeta, nos han impuesto. Verdad es, que no hemos presentado á la señora Portien, ante un tribunal para pintar una gran señora.

El abogado de Violeta participó á ésta, la muerte de la señora Portien.

—Vuestra madre os salva, muriendo por vos, le dijo.

Violeta cayó de rodillas.

—Mi madre! exclamó; por que entonces queria tanto á la otra?

—Porque la otra era la madre de vuestra alma.

Desde que se habia concedido mas libertad á Violeta, solo se habian presentado dos personas á visitarla: su abogado y la señorita de la Chastaigneraye.

Genoveva, en un momento de heroísmo romántico, habia ido á Auxerre para consolar á la pobre jóven, y para mejor consolarla, la habia dicho: «Vos sois mi prima.»

Como una buena hada que trata de dejar esperanzas, Genoveva se habia complacido en prometerla mejores dias, pues ella pensaba ya en casarla con el duque de Parisis, dando tanto á él como á ella, un millon por dote. Ella habia ocultado tan hermosa ac-

cion, rasgando el testamento. Y de este modo no se contentaba en dar dos millones, sino que perdia otros dos, toda vez que los otros herederos de Regina de Parisis, volvian á recobrar sus derechos y su legítima.

El proceso del ramillete se vió ante el tribunal en el mes de Mayo, y allí fué donde se proclamó la inocencia de Violeta, en medio de aplausos apenas reprimidos. El abogado Lachaud no usó entonces de mas elocuencia que la del silencio.

El coche de la señorita de la Chastaigneraye aguardaba á la puerta de la audiencia. Violeta subió en él con una hermana de la caridad que siempre la habia asistido. Se hallaba tan pálida y enferma, que las aldeanas juraban al verla, que no viviria ni un mes.

Cuando llegó á Champauvert, encontró á Genoveva en la primera grada del vestíbulo, que le tendia sus brazos. Violeta se inclinó respetuosamente, bien como si la virtud de aquella mujer fuese para ella una religion, y la suplió que la dejara abrazar aquel ángel de bondad que se habia dignado descender hasta su cárcel.

Violeta derramó un torrente de lágrimas, feliz y desgraciada á un mismo tiempo: feliz por verse así recibida; desgraciada por aportar una frente manchada bajo aquellos lábios tan puros.

—En fin, dijo, sonriendo y levantando sus ojos al cielo; ahora ya puedo morir.

—Morir! no faltaba otra cosa, replicó Genoveva: yo quiero que vivais. El señor de Parisis tambien lo quiere porque os ama.

—No, dijo Violeta con tristeza: si me hubiese verdaderamente amado, aun yo viviria en la calle de San Jacinto. Pero le perdono, ya que he sufrido tanto para rescatar mi falta.

Genoveva manifestó á Violeta quo en lo sucesivo seria rica.

—Sois, como Octavio y como yo, heredera de la tia Regina. Vuestra parte asciende á un millon.

—Y bien, dijo Violeta ruborizándose; así pagaré mis deudas.

—Creo que os comprendo, dijo Genoveva, ruborizándose á su vez.

—Ya que habeis sido bastante buena para descender hasta mí, tengo que deciros, para no hablar mas de ello, que yo quiero devolver cuanto me fué dado en mis locuras, en las que os juro que unicamente el señor de Parisis fué mi amante: los otros no alcanzaron sino promesas.

Entre las dos jóvenes hubo un momento de silencio. Violeta temia profanar el alma completamente pura de su prima; Genoveva temia lanzar á Violeta en las humillaciones del pasado.

—En seguida, añadió Violeta, me iré á las arrepentidas.

—No, dijo con viveza la señorita de la Chastaigneraye: vivireis en el castillo de Pernand, y mi pri-

mo Octavio irá á pedir os vuestra mano; os respondo de ello; concluirá por ver la nada de su existencia, y tratará de redimirse ejecutando una hermosa accion.

—Nunca! exclamó Violeta, nunca! Si algun dia el señor de Parisis llegase á alcanzar una sombra de razon, no la alcanzaria por mí, sino por vos; no lo dudeis, señora: Octavio os ama.

—Entre nosotros dos média un abismo: el de vuestra desgracia.

—Dejad que yo siga mi destino, siento que para mí no existe mas que Dios en la tierra; iré á las Arrepentidas, se me olvidará y yo tambien olvidaré.

—No, vuestro deber consiste en ir á Pernand; en santificar con vuestras oraciones y con vuestras limosnas, la casa de esa pobre mujer que fué aun mas loca que culpable. Es vuestra madre, Violeta: debeis esto á su memoria.

Violeta se inclinó y guardó silencio.